

Escepticismo

La etimología de este término arroja luz sobre su significado. «Escepticismo» significaba «mirar con cuidado». El escéptico sería entonces la persona que reflexiona con atención antes de emitir un juicio o de tomar una decisión. La actitud cautelosa del escéptico tiene una vertiente teórica y otra práctico-política. El aspecto teórico consiste en negar que haya ningún saber auténtico, pero puede expresarse también diciendo que ninguna opinión es segura, que ninguna creencia está justificada, que ninguna creencia es más razonable que su contraria, etc. El aspecto práctico, en cierto modo consecuencia del anterior, comporta la suspensión de todo juicio motivada por la esperanza de lograr una tranquilidad interior que permita al sujeto integrarse en la comunidad de referencia sin demasiados conflictos (ataraxia). En lo que sigue nos centraremos en el aspecto teórico por ser éste el más relevante para la epistemología.

Las posiciones teóricas escépticas se podrían clasificar atendiendo a dos criterios distintos: el ámbito de objetos que resulta afectado por la duda y el tipo de duda que se plantea. Según el primer criterio, la carencia de conocimiento puede considerarse parcial y aplicarse a campos concretos como el conocimiento del mundo externo, de la existencia de otras conciencias, del valor, etc., o revestir por el contrario un carácter global y defender que no tenemos ninguna clase de conocimiento en absoluto. De acuerdo con el segundo criterio, es decir, según el tipo de duda que se plantea, la negación de conocimiento puede ser radical al sostener que no conocemos un estado de cosas determinado —es decir, que no conocemos la verdad de cierto enun-

ciado—, o matizada al señalar que si bien no conocemos si un determinado estado de cosas se da, tampoco podemos estar seguros de que este no se dé (esto es, que no conocemos la verdad de cierta proposición, pero tampoco su falsedad). En este último caso, ha de tenerse en cuenta que el ataque escéptico se dirige directamente a las condiciones de justificación, es decir, no niega que haya juicios correctos, sino que afirma la imposibilidad de determinar si un juicio es correcto o no. En este sentido de escepticismo, quizá el más importante hoy en día de cuantos contiene el término, la duda escéptica se refiere al conocimiento con certeza de los estados de cosas y afecta, por tanto, a la posibilidad de tener evidencia de la verdad de nuestros juicios.

La mayoría de los argumentos que sustentan las tesis escépticas intentan destruir la validez de cualquier criterio que aspire a diferenciar el reino de la verdad del de la ilusión, el saber verdadero del meramente aparente. Por ejemplo, una manera de rechazar la posibilidad de adquirir conocimientos a partir de la experiencia sensible consiste en introducir la hipótesis del sueño o alguna similar, como la del cerebro en una cubeta. Así, un argumento escéptico típico enfatiza que ninguna de las experiencias sensibles que tenemos en un momento dado nos permite eliminar la posibilidad de que estemos soñando esas mismas experiencias justo en ese momento. Pero si no podemos eliminar esa posibilidad, entonces no podemos reclamar poseer conocimiento sensible. En general, son muchas las argumentaciones escépticas que hacen uso de una hipótesis bajo la cual sería imposible obtener conocimiento. La hipótesis no puede ser confirmada pero, y esto es lo importante, tampoco puede ser rechazada. No hay,

pues, manera de eliminar la duda que plantea el escéptico. Quizá el mundo sea como pensamos que es, pero desde luego no tenemos justificación para sostener que sea así.

El problema filosófico del escepticismo surge por el atractivo que ejercen las argumentaciones escépticas. Hasta tal punto esto es así que incluso a aquellos que están convencidos de lo erróneo de las conclusiones escépticas les resulta difícil a menudo señalar dónde reside exactamente su equivocación. Por lo demás, a la hora de intentar refutar las conclusiones escépticas las estrategias varían enormemente, tal como era de esperar dada la diversidad de posturas escépticas y la variedad de planteamientos de partida anti-escépticos. Destacaremos aquí dos tipos de respuesta al escepticismo presentes en la filosofía contemporánea: la que apuesta por una definición de conocimiento que sea inmune a la infección escéptica y la que descubre paradojas semánticas en la posición escéptica. Veamos en qué consisten.

Por un lado, las propuestas de definiciones del conocimiento que impidan el avance escéptico pueden adoptar, a su vez, diversas formas. Una de ellas consiste en afirmar que para tener conocimiento no es necesario tener certeza, sino que basta con que tengamos más razones para sostener una proposición que para negarla. Esta concepción gradual de la justificación permite clasificar como conocimientos aquellos juicios sobre los que aún sería legítimo arrojar alguna duda, aunque la duda tenga menor grado de certeza que el supuesto conocimiento. Otra salida consiste en argumentar que, si bien es verdad que la hipótesis escéptica es incompatible con el hecho de tener conocimientos, de ello no se deduce, como quisiera el escéptico, que hayamos de dudar de la existencia

de conocimientos, sino más bien que debemos dudar de la legitimidad de la propia hipótesis escéptica. Para los partidarios de esta propuesta, la existencia de conocimientos es un hecho innegable que permite reducir al absurdo la hipótesis escéptica sin incurrir en una petición de principio. Por último, una de las definiciones de conocimiento anti-escépticas quizá más pujantes hoy en día es la que parte de los planteamientos externalistas según los cuales para tener justificación el sujeto no necesita saber que se cumplen ciertas condiciones, sino que es suficiente con que, de hecho, se cumplan. Típicamente, en la aproximación externalista la creencia de un sujeto está justificada cuando ha sido causada por un proceso, normalmente psicológico, que permite suponer con suficiente confianza que, si el proceso psicológico-causal se da, entonces la creencia es verdadera. Sostener que la justificación de una creencia depende de la fiabilidad del proceso que la produce, obliga a prestar atención a las circunstancias en las que esta creencia surge. Este aspecto permite negar que la justificación requiera, en ciertos contextos, eliminar todas y cada una de las posibilidades lógicas de estar equivocado, de manera que solo es necesario eliminar las alternativas relevantes. Desde esta perspectiva, las hipótesis escépticas no serían, por supuesto, posibilidades relevantes.

Por otro lado, las acusaciones al escéptico de que comete errores lingüísticos en su planteamiento parten de la observación de que para poder dudar de una proposición, debemos ser capaces de entender primero lo que esa proposición significa. Según esta aproximación, negar que sé que esto es una mano, exige que entienda previamente qué significa que esto sea una mano. Sin embargo, cuando el escéptico dice

«No sé si esto es una mano», sugiere que el significado que normalmente damos a esta frase es incorrecto, pues, de otro modo, no se entendería su postura. Este planteamiento muestra que la duda escéptica esconde un ataque a las bases mismas de nuestras prácticas comunicativas, es decir, a las reglas de nuestro lenguaje. Esas reglas definen cómo nos referimos a las mesas, a las sillas, y a los demás objetos del mundo. Pero si ésta es la manera como nos comunicamos, entonces no tiene sentido poner en cuestión su validez, del mismo modo que no tiene sentido decir que nos hemos estado comunicando siempre mal. Estas afirmaciones muestran que la duda escéptica exigiría descartar nuestras prácticas lingüísticas pero que esta posibilidad no está, desde luego, a nuestro alcance. Esta postura de corte wittgensteiniano enlaza claramente con planteamientos pragmatistas según los cuales la defensa del falibilismo es compatible con el rechazo del escepticismo. Para el pragmatista, todas nuestras creencias son susceptibles de ser revisadas racionalmente, pero la posibilidad de una revisión escéptica radical de nuestras creencias es absurda.

Por supuesto, el defensor del escepticismo no siempre queda convencido por estas y otras valoraciones, y responde apuntando a diversos huecos en la argumentación de su contrario por donde se cuele de nuevo la duda. Merece la pena destacar aquí que el seguimiento de las discusiones en las que se enzarzan el escéptico y su oponente es una buena manera de profundizar en el estudio de la epistemología. De hecho, la investigación del escepticismo a menudo ha venido motivada no tanto por el convencimiento de que su amenaza bien podría tener éxito, como por su utilidad de cara a evaluar distintas teorías del conocimiento. La

discusión del escepticismo se convierte así en una herramienta con la que analizar tanto la noción de conocimiento y sus ramificaciones como el alcance y los límites de la labor epistemológica. De ahí que la amenaza del escepticismo haya supuesto tradicionalmente uno de los mayores acicates para el desarrollo de la historia de la filosofía.

Sin embargo, y a pesar del indudable valor instrumental que el estudio del escepticismo tiene para la teoría del conocimiento, su verdadera importancia reside en permitirnos reflexionar acerca de la naturaleza humana. Dicho en términos platónicos, el individuo no se encuentra nunca ni en la posición absoluta del sabio ni en la del ignorante, sino en un estadio intermedio del que continuamente desea salir en pos del conocimiento. El escepticismo representa la conciencia de esa situación y la imposibilidad de escapar plenamente a esta limitación.

En cualquier caso, la abundancia de argumentos a favor y en contra del escepticismo en nuestros días muestra que el problema del escepticismo continuará jugando un papel central en el desarrollo de la epistemología y en la comprensión de la naturaleza humana.

MARRALES, J. y SÁNCHEZ-DURÁ, N. (eds.), *Mirar con cuidado. Filosofía y escepticismo*, Valencia, Pre-Textos, 1994; POPKIN, P. H., *La historia del escepticismo desde Erasmo hasta Spinoza*, México, FCE, 1983; SEXTO EMPÍRICO, *Esbozos pirrónicos*, Madrid, Gredos, 1993; STRAND, B., *El escepticismo filosófico y su significación*, México, FCE, 1991.

Stella Villarmeá Requejo